

Memorias familiares e itinerario de vida

*La historia de vida:
un balcón para leer lo social*
Jaime Ochoa Ángel

Aidé Grijalva¹

I

¿Cómo pasar del contenido de los relatos de vida a la comprensión sociológica de un fenómeno social? Ésta es una pregunta que se hace Daniel Bertaux a propósito de la discusión que existe sobre los relatos y las historias de vida y las autobiografías como fuentes para la investigación de lo social (Bertaux, 2005).

Múltiples son las interrogantes planteadas sobre este tema, a raíz de que la historia oral y con ella, las historias y relatos de vida,² se han convertido en una técnica que aporta valiosa información a las interpretaciones cualitativas de los procesos y fenómenos tanto históricos como sociales (Aceves, 1994).

Las historias de vida son un fructífero complemento a otras técnicas utilizadas por las ciencias sociales y un puente de comunicación entre distintas disciplinas académicas. Cabe aclarar que por historias de vida no nos referimos a las hazañas de héroes, ni de grandes conquistadores, ni de científicos, políticos o empresarios famosos sino a la historia de personas comunes y corrientes, cuyo relato contado en primera persona es el reflejo de una vida sencilla, sin fama ni gloria (Arjona y Checa, 1998).

Algunos investigadores consideramos que a través de los relatos de vida se les “da voz a los sin voz” rescatando testimonios valiosos que de otra manera se perderían, pues como lo señala Francisca Márquez (1999), la vida de una persona no es solo irrecuperable sino también irreproducible. Lo relevante es que a través de estas historias de vida se busca conocer lo social a través de lo individual (Mallimaci y Giménez, 2006) o, como dice Franco Ferrarotti, “la sociedad

¹ Investigadora T.C. del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de Baja California. Maestra en Sociología. Miembro del Cuerpo Académico de Estudios Sociales (CADES). Dirección electrónica: aidel@uabc.edu.mx

² Muchos autores consideran a la historia oral y a las historias de vida casi como sinónimos, debido a que estas últimas son documentos orales en su mayoría y, en todos los casos, testimonios contemporáneos del investigador (Mallimaci y Giménez, 2006).

está en cada persona. Sólo se trata, por parte del investigador, de descubrirla” (citado por Mallimaci y Giménez, 2006).

Desde esta perspectiva, el relato biográfico es un elemento clave para el análisis de la realidad social pues es, al mismo tiempo histórico, remite a una época, a una situación social, a una clase social y un género, ya que una historia de vida es producto y testimonio de un grupo social (Petrik, 2008).

De ahí que el propósito de este trabajo sea mostrar una experiencia de investigación en la cual fueron utilizadas técnicas y herramientas metodológicas de la historia, el psicoanálisis y la sociología clínica³ para reconstruir una historia de vida. En este caso, el de una mujer mexicana, nacida en Mexicali, una población fronteriza del noroeste de México, cuya trayectoria personal está ensamblada con el devenir histórico de su entorno político social.

Con ese objetivo, hemos dividido nuestra exposición en varias partes: una en la que explicamos la metodología utilizada para la recopilación de la información y una serie de decisiones tomadas durante el transcurso de las entrevistas. En los siguientes tres apartados, enumerados del III al V, desarrollamos nuestra propuesta de análisis y en el último, el VI, las conclusiones.

II

Mediante un relato biográfico se reelaboró medio siglo de la vida de Guadalupe Sánchez León. El recuento de Guadalupe empieza cuando es una niña de ocho años y termina cuando ella tiene 53, en un momento en que decide trabajar por el registro de un nuevo partido político, integrado por organizaciones civiles ciudadanas de toda la república mexicana. Es una historia de vida que aún no concluye, donde la protagonista busca que el pasado se transforme en una esperanza hacia el futuro.

Las autoras compartieron con la narradora de este testimonio el mismo lugar de nacimiento y los azares de la vida propiciaron el reencuentro de las involucradas en la Ciudad de México. El acercamiento con la protagonista a través de amigos comunes permitió conocer de su

³ El término sociología clínica fue propuesto por Louis Wirth, el autor del célebre libro *El Guetho*, en un artículo publicado en *American Journal of Sociology* (1931), en donde identifica a la sociología clínica como una de las más importantes divisiones de la sociología. Wirth, uno de los más conspicuos representantes de la Escuela de Sociología de Chicago, realizó su tesis de doctorado sobre las características del guetho judío a través de la historia. Las historias de vida y lo biográfico formaron parte de una manera de hacer sociología a principios y mediados del siglo xx.

militancia en organizaciones políticas de distinta índole, así como descubrir el enorme interés de ésta por hablar de su vida. De ahí surgió nuestra curiosidad por indagar cuál sería la historia familiar de una militante política de la izquierda mexicana con el propósito de conocer los aspectos que se entretajan entre la novela familiar de la narradora y su trayectoria social

Esta pesquisa pretende ser una incursión en el análisis de las relaciones entre lo psíquico y lo social, desde la propuesta metodológica de la sociología clínica⁴ sustentada en la aproximación biográfica de los relatos de vida, mediante los cuales se supone poder acceder a las múltiples dimensiones en las que se inscribe lo vivido o experimentado por el individuo.

Los relatos de vida dice Gaulejac “son construcciones que se originan en la continua interacción entre la influencia de las organizaciones sociales conocidas por el individuo en cuestión, y las configuraciones o estructuras psíquicas que las absorben y que, en suma, originan su identidad. Esta última se elabora en el cruce de tres aspectos: en las relaciones del individuo con su inconsciente, con su medio social y cultural y con él mismo, en el trabajo que realiza para producir su individualidad” (Gaulejac, 2005:28-29).

La exploración de estas relaciones precisó por parte de las investigadoras de un ir y venir entre la subjetividad del relato y la objetividad del análisis; entre la experiencia vivida por la narradora y su conceptualización; entre la historia familiar que ella contó y la historia social, tal como pudo ser reconstituida desde una perspectiva sociológica. Es decir, se trató de rehacer la cadena que va de los conflictos psíquicos a los relacionales, de éstos a los intra-familiares y de ahí a los sociales (Gaulejac, 2005:44).

El interés palpable de la protagonista por platicar su vida encontró eco en las autoras y propició que se le hiciera una invitación para que accediera a ser entrevistada.⁵ Durante varios meses se realizaron conversaciones semanales, en las cuales la narradora manifestó una gran disponibilidad para llevar a cabo un trabajo de rescate de su historia personal. Estas pláticas fueron abiertas y se hicieron de manera alternada por parte de las investigadoras.

Esto coadyuvó a la organización de los temas que se abordaban en las sesiones de trabajo, ya que es conveniente explicar que desde el principio concebimos como marco metodológico de nuestro trabajo, la realización de una serie de entrevistas a profundidad, que nos permitieran

⁵ Una de las investigadoras invitó a la protagonista de este relato a participar en el certamen “Mujeres que se atreven a contar su historia” que anualmente convoca el DEMAC (Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.), centro de estudios que coordina Amparo Espinosa Rugarcía, en la Ciudad de México.

seguir la trayectoria de vida de la entrevistada, tomando como punto de partida varios ejes: el familiar, el estudiantil, el matrimonial, el laboral y el político (Carreteiro, 2002:24).

Una de las interlocutoras, por su formación psicoanalítica, ahondó en la historia familiar e íntima de la entrevistada, esto es, en su novela familiar. En cambio, la otra se centró más en los aspectos de sus experiencias como activista política, o sea en su trayectoria social. De esta manera se dio una articulación entre su vida personal y social, lo que permitió tener elementos para elaborar una crónica integrada y menos fragmentada de la biografía de la protagonista. Tal como lo plantea Freud, no hay psicología que no sea social:

La oposición entre la psicología individual y la psicología social o de las masas, que a primera vista quizá nos parezca muy sustancial, pierde buena parte de su nitidez si se la considera más a fondo. [...] En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, [...] desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más amplio, pero enteramente legítimo (Freud, 1986: 67).

Tener dos interlocutoras como testigos, no sólo de su historia sino de los lugares en donde transcurrió parte de ella, –Mexicali y la Ciudad de México– hizo de esta tarea una memoria compartida (Carreteiro, 2002:25) con una dimensión colectiva, lo que nos permitió convertirnos en escuchas privilegiadas. Pero no sólo eso. Ocasiónó que la informante, en ciertos momentos, se identificara con una de las oyentes, haciendo transferencias de distinta índole, lo que sirvió para orientar la conducta que se siguió a lo largo de la indagación.⁶ Por ello fue muy importante para las investigadoras analizar los procesos de transferencia y contra-transferencia y averiguar en qué medida éstos podían ser un obstáculo del trabajo (Taracena, 2002:119).

La voluntad de Guadalupe por hablar de su historia personal excedió las expectativas de las investigadoras. Las sesiones semanales de una hora se convirtieron en reuniones maratónicas de tres a cuatro horas. La transcripción de las entrevistas requirió de un equipo de varios auxiliares que durante meses se dedicaron a poner sobre el papel la información obtenida previamente. El involucramiento de Guadalupe fue tal que ella misma, por su cuenta, empezó a escribir fragmentos de su propia historia, que iba rememorando conforme las interlocutoras incidíamos en su pasado con interrogaciones y preguntas.

⁶ Aunque la transferencia en el sentido freudiano nunca fue el propósito de la investigación, ésta se presentó durante el proceso, manifestándose lo que Elvia Taracena estudia como uno de “los aspectos sociales de la transferencia y el sentimiento de identidad en el trabajo de construcción del relato” (Taracena, 2002:119).

Varios de los pasajes descritos removieron momentos dolorosos de la vida de la narradora. Más tarde nos confesaría que algunos de los pocos fragmentos que ella misma escribió, los hizo bañada en llanto, a altas horas de la madrugada, en una relectura de su vida, en un ajuste de cuentas con sus fantasmas, en la que ella fue haciendo un ejercicio profundo de introspección.

Pujadas acota que la historia de vida es un relato autobiográfico obtenido por el investigador mediante entrevistas sucesivas, cuyo objetivo es mostrar el testimonio subjetivo de una persona, en el que se recogen tanto los acontecimientos como las valoraciones que dicha persona hace de su propia persona (Pujadas, 1992: 47). Esto se hace a sabiendas de que en cualquier historia de vida es más lo que se escapa, lo que huye que lo que se aprehende y captura “cuando lanzamos las redes del recuerdo o de la imaginación hacia el pasado” como lo plantea Jaime Ochoa Ángel (Ochoa, 1996-1997).

Como investigadores estuvimos conscientes de que lo que la entrevistada nos relató sobre su existencia tenía que ver más con la relectura que ella hizo de sí misma, que con una reconstrucción acuciosa de acontecimientos y hechos “Quien habla de su vida construye una imagen de él y de su familia, escoge algunos recuerdos y desecha otros, selecciona y olvida” (Márquez, 1999: 3). Dentro de este contexto, la historia de vida no se recopila, sino que se inventa, tanto por el que la cuenta y por los que la escuchamos, que la reinventamos: ambos interpretamos.

Al final de esta etapa teníamos ante nosotras más de 600 cuartillas heteroclíticas, sin orden, mezcladas y sin armonía. El caudal de la información nos obligó a tomar una serie de decisiones en donde nos vimos obligadas a categorizar y jerarquizar los sucesos y las experiencias vertidas en el testimonio.⁷

Paulatinamente fuimos editando el texto, respetando la originalidad y el tono particular de la informante. Se optó por utilizar como hilo conductor el cronológico y recurrir al orden genealógico. Serge Doubrovsky (citado por Gaulejac, 2005:31) subraya la paradoja de la narración autobiográfica que consiste en contar en sentido inverso acontecimientos que se

⁷ La entrevistada manifestó su descontento con la publicación de los resultados de esta indagación, bajo el argumento que se redujo drásticamente la información que ella proporcionó sobre sus amistades, llegando incluso a reclamar coautoría de la obra, sin entender su rol en este tipo de investigaciones basadas en relatos de vida. Castoriadis advierte que es común que el sujeto participante, al tomar conciencia de su lugar en la historia “puede querer ser el co-autor” (citado por Taracena, 2005: 245).

produjeron en orden cronológico. Al recuperar su historia y darse el lujo de rememorarla, Guadalupe se respondió la pregunta ¿Quién soy yo? Y, en ese ejercicio, reconfiguró su identidad⁸ y descubrió su mito de origen, mismo que de manera inconsciente ha estado presente en la toma de sus decisiones y, a la vez, ha organizado su vida.

Reconociendo que el testimonio oral es la expresión de un ser vivo, en el que éste se muestra como tal, contando sucesos y evocando sus experiencias y sentimientos (Enriquez, 2002: 36), tratamos de que dicha relatoría, al pasarla del lenguaje hablado al escrito estuviera bien redactada, haciendo lo que menciona Daniel Bertaux, (1993: 144) “el proceso de trasmutar la palabra en texto gracias a la magia de la escritura”, plasmando en tinta la voz de Guadalupe (Santiago, 2004: 27).

El recuento de Guadalupe empieza cuando es una niña de ocho años y termina cuando ella tiene 53, en un momento en que decide trabajar por el registro de un nuevo partido político, integrado por organizaciones civiles ciudadanas de toda la república mexicana. Es una historia de vida que aún no concluye, donde la protagonista busca que el pasado se transforme en una esperanza hacia el futuro. Gaulejac acota que el ser humano es un “hacedor” de historias: Puede inventarlas, imaginarse dentro de un porvenir diferente a lo que ha vivido y actuar con miras a erigir ese futuro (Gaulejac, 2002: 38).

III

Para este trabajo, retomaremos algunas partes de dicho testimonio,⁹ rescatando principalmente aquellas relacionadas con la permanente búsqueda de la entrevistada de su lugar como mujer en su entorno familiar y social. Nos centramos en el recuento de sus orígenes familiares donde buscaremos algunas de las claves para comprender su propia historia, haciendo una breve exploración de algunas de las formas en las que el pasado se inscribe en el presente de los destinos sociales e individuales, “una suerte de auscultación de las cartografías de la memoria” (Makowski, 2002:146).

⁸ No olvidemos que memoria e identidad son representaciones de la realidad, fenómenos más subjetivos que objetivos, que varían en el tiempo en la medida que cambian las experiencias y los contextos (Rebolledo, 2006:133). La memoria no es confiable: olvida, transforma, deforma, reconstruye el pasado. Obedece a lógicas diferentes a la verdad o a la ciencia (Gaulejac, 2005:30).

⁹ Los resultados de estas entrevistas han dado lugar a varias publicaciones: véase, Grijalva y Mancilla, 2009; Grijalva y Mancilla, 2008a; Grijalva y Mancilla, 2008b: 4321-4345; Grijalva y Mancilla, 2004: 29-120.

Este deseo de la protagonista de “reelaborarse, de dar forma a acontecimientos inconexos, a sentimientos fugitivos, a huellas, a fragmentos, de contar a otros sus dudas, sus esperanzas, sus inhibiciones y sus afirmaciones, tristezas y sufrimientos la llevaron a desprenderse de sí misma y salir de una vocación egocentrista” (Enriquez, 2002:37). A través de este proceso, ubicó su historia personal como parte de una historia colectiva: la de su familia, la de su región, la de su clase social y la de su nación (Enriquez, 2002:44). Guadalupe se asumió así como sujeto social.

Asimismo se aceptó como integrante de su novela familiar, al reconocer su lugar en el orden familiar. Por último, también lo hizo como sujeto de la transmisión, al tratar de recomponer una cadena significativa de su historia, tanto en la dimensión de la novela familiar como en la social.

Estos dos aspectos están continuamente intrincados, en especial en historias de familias que describen, a la vez, los escenarios sobre el pasado de las mismas y los «chismes» sobre la saga familiar que funcionan como el modelo de la «novela familiar» tal y como la define Freud, esto es, lo que se les cuenta a los niños acerca de sus ancestros. Así pues, la novela familiar es un fantasma que permite llenar una falta, soportar una injusticia, una frustración mediante una representación de la realidad que permite corregirla y satisfacer deseos inconscientes (Gaulejac, 2002:32).

De esta manera, la historia de vida de Guadalupe se construyó dentro de un espacio, entre el fantasma y la realidad, sabiendo que el uno y la otra, ambos, son verdaderos.

Lo que recuerdo es que mi mamá me platicaba de su papá, mi abuelito, que era el héroe de las memorias familiares y de quien se hablaba con mucho orgullo cuando nos reuníamos con las tías y primos [...] Le decían *Kilo*, era minero. [...] Mi mamá tenía una foto, de esas café muy antiguas, donde estaba mi abuelito, al frente de mucha gente armada, mineros (Grijalva y Mancillas, 2008a :18-19).

Según la teoría psicoanalítica, en cada novela familiar existe un mito de origen y los protagonistas de esta novela se ven bajo la égida de éste. Ese mito organiza sus vidas y es prácticamente impuesto por sus pertenencias e identificaciones, que sin definir las en su totalidad inciden en su proyecto de vida (Enriquez, 2002:44). Es lo que Gaulejac llama “la búsqueda de los determinismos, es decir, de los diferentes materiales a partir de los cuales una vida se fabrica” (1995: 98). Al respecto, la protagonista recuerda que su mamá le contaba que:

mi abuelo encabezó la defensa de las minas de la zona cercana a Culiacán [...] Ante la rebelión de los mineros, el gobierno mandó al ejército a reprimirlos y con mi abuelo a la cabeza, lo enfrentaron.

Al ver la desproporción en armamento de los dos contingentes, mi abuelo, que como cazador de venados tenía muy buena puntería, le disparó al capitán del regimiento, tumbándolo de un solo tiro. Al ver caído a su jefe, los soldados huyeron [...] A mi abuelo le compusieron un corrido en cuyas estrofas se mencionaba el balazo que le dio al capitán (Grijalva y Mancillas, 2008a : 19).

El mito fundador está relacionado con la pertenencia a una familia, una clase, una religión, proporcionando el relato interior que guía los pasos de cada individuo. Para Enríquez, (2002:44), en el mito “vuelven las palabras de nuestros padres y del conjunto de nuestros primeros educadores, las palabras de la tradición”:

cuando hablaba de su papá, lo recordaba con enorme emoción; su voz se quebraba, recordaba cada regalo que le traía de sus viajes, cuando la abrazaba y le decía mi *canela* por su apelativo *Nela*, de su nombre Manuela. Recuerdo el orgullo con que describía su prestancia física y de cómo mi abuelo se ocupaba de los mínimos detalles de su educación ... (Grijalva y Mancilla, 2008a: 20).

Pero estos mitos familiares se entrelazan con otros relacionados con la historia de una ciudad, en este caso una población agrícola y fronteriza colindante con el estado de California. Durante la segunda Guerra Mundial, los gobiernos de México y de Estados Unidos firmaron un convenio internacional conocido como Programa Bracero, para contratar mano de obra masculina debido a la ausencia de la misma en la Unión Americana. Esto atrajo a miles de jornaleros mexicanos a esa parte del país, fenómeno social que atraviesa la novela familiar de nuestra protagonista:

Esas historias con frecuencia las escuchábamos embelesados mis hermanos y yo, como otros de los personajes de mi familia materna, pues a mi casa llegaban los parientes de mi mamá que venían con el propósito de cruzar a Estados Unidos, convirtiendo a nuestra casa en el punto de llegada.

A mí esto me gustaba mucho porque en las noches, a la hora de la cena, pasaban por nuestra imaginación los relatos, algunos parecían fantásticos; así, nos enterábamos de historias familiares, en especial, las del abuelo, cuya foto me quedaba viendo extasiada cada vez que la encontraba en el álbum familiar, observando en cada uno de los personajes, ese gesto altivo y retador (Grijalva y Mancilla, 2008a : 20).

Muchos de estos jornaleros agrícolas se convirtieron, posteriormente, en agricultores del valle de Mexicali, nombre de la población fronteriza donde creció la protagonista. El papá de Guadalupe fue un jornalero que llegó a la región procedente del interior de la república mexicana, y trabajó como capataz en los campos agrícolas en el Valle Imperial, localizado en el lado estadounidense, justo en la frontera con Mexicali.

Mi papá, que sólo había estudiado hasta tercer año de primaria, en poco tiempo aprendió el inglés y pronto ascendió a mayordomo en la empresa agrícola en donde trabajaba en Estados Unidos. Era de Jalisco, de los Altos. Durante la guerra cristera, los cristeros llegaban por los muchachos de los pueblos y los que no se iban con ellos los mataban [...] mi papá y su hermano mayor, mi tío Jesús Sánchez Meza, se fueron a Baja California entusiasmados por la colonización promovida por Lázaro Cárdenas.¹⁰

Se hicieron colonos o pequeños propietarios en la colonia Madero. Los hermanos se dividieron el trabajo porque necesitaban dinero para sembrar. Mi papá se fue a Estados Unidos para mandarle dinero a mi tío para la siembra y compra de tierras. Hicieron un gran emporio y ranchos muy prósperos [...] (Grijalva y Mancilla, 2008a: 52).

A mediados del siglo XX, el valle de Mexicali se convirtió en un próspero emporio algodonnero y muchos de estos jornaleros venidos ya sea como braceros o en busca de tierras, se transformaron en miembros de una pequeña burguesía agrícola, financiada por empresas agroindustriales transnacionales como la célebre Anderson, Clayton and Company (Grijalva, 2008). Mexicali, a pesar de ser la capital del recién creado estado de Baja California,¹¹ era entonces una pequeña ciudad y un apéndice del valle, en donde se concentraba la mayor parte de la población.

En la mitología popular del lugar, la década de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado fue una época en la que se decía que el dinero se barría con una escoba, en la que los hombres dedicados al cultivo del algodón, llamado también “oro blanco”, circulaban en sus

¹⁰ En 1937, Lázaro Cárdenas, entonces presidente de México, expropió a la Colorado River Land Company, una compañía estadounidense propietaria de prácticamente todas las tierras del valle de Mexicali, las alrededor de 100 mil hectáreas que estaban abiertas al cultivo en ese momento. Cárdenas las convirtió en ejidos con parcelas de 20 hectáreas y las repartió entre campesinos que trasladó desde distintos rincones de la república mexicana. El resto de las tierras del valle, unas 200 mil hectáreas, fueron vendidas y con ellas se formaron colonias agrícolas. A los dueños de estas tierras se les conoció como colonos o pequeños propietarios (Kerig, 2001:298-299, 304, 334-335).

¹¹ El 16 de enero de 1953 se publicó el decreto que transformó al Territorio Norte de la Baja California en estado, con el nombre de Estado Libre y Soberano de Baja California.

lujosos *cadillacs* por caminos polvorientos y de terracería que cruzaban el valle de alrededor de 350 mil hectáreas de extensión, localizado sobre la región deltaica del Río Colorado.¹²

Este nuevo sector agrario de agricultores adinerados se afincó en forma permanente en el valle de Mexicali, radicando en la ciudad, capital de la entidad. Sin embargo, Guadalupe, a pesar de ser hija de uno de estos agricultores beneficiados por el “*boom algodonero*”, nació en el seno de una familia de modestos recursos económicos pues el padre de Guadalupe, muy a la usanza de aquellos tiempos, repartía las fabulosas ganancias obtenidas en las cosechas agrícolas algodonerías entre las cinco familias que formó, de manera casi simultánea. Guadalupe fue la primogénita de una de éstas, factor que marcaría su vida.

Esta cultura machista falocentrista imperante en una sociedad patriarcal fue el contexto histórico social en el que la protagonista de esta historia de vida, al igual que la de sus contemporáneos, nació y se crió. Como ella misma lo confiesa:

Tuve catorce hermanos, cuatro de padre y madre, José Blas, Pedro, Carmen y Enrique y diez medios hermanos de las otras cuatro mujeres de mi papá. La filosofía de mi padre era que podía tener las mujeres y los hijos que pudiera mantener, así que nunca abandonó a nadie y siempre cumplió como padre (Grijalva y Mancilla, 2008a : 42).

A pesar de que estas mujeres sabían que compartían al padre de sus hijos con otras mujeres con las que ellos hacían vida conyugal, vivían con cierta estabilidad emocional, arraigada en pasados familiares comunes, que les habían sido transmitidos generacionalmente: “Mi mamá tuvo varias madrastras y con algunas se encariñó, por lo cual sufría cuando mi abuelito cambiaba de mujer y se llevaba a mi mamá para otro lado” (Grijalva y Mancilla, 2008a : 51).

Manuela, la madre de la protagonista, no hizo más que repetir una historia similar a la que ella vivió de niña. Se casó con un hombre que, al igual que su padre, era mujeriego. Guadalupe lo narra con cierta naturalidad:

Mis padres se casaron en Las Vegas, Nevada. Yo ya había nacido o estaba por nacer, cuando apareció la primera esposa de mi papá y según me platicaba una amiga de mi mamá, mi gran tía *Cuca*, que vivía en Estados Unidos, mi mamá lloraba a cántaros [...]

¹² El valle de Mexicali se formó con las tierras del delta del Río Colorado, río que después de un largo recorrido de más de dos mil kilómetros iniciado en las Montañas Rocallosas, desemboca en el golfo de California. Durante miles de años, el impetuoso río depositó en este lugar el material que acarrea en su prolongada travesía, lo que explica la fertilidad de dichas tierras (Grijalva, 2008: 13).

Finalmente mi mamá se quedó con mi papá, y la otra señora también. Después, cuando nació mi segunda hermana, ya mi papá tenía otra mujer porque mi hermana, que es cinco años menor que yo, tiene la misma edad que la primera hija de su tercera mujer (Grijalva y Mancilla, 2008a : 53).

Sin embargo, en esta cultura falocentrista, el rol femenino no fue el de sumisión y abnegación, pues de acuerdo a Guadalupe, las amigas de su madre tampoco fueron monógamas, aunque según su testimonio, respetaban ciertas normas morales:

Muchas de las mujeres de la familia y de las que llegaban a la casa, habían tenido varias parejas e hijos de diferentes papás y eso no les implicaba ninguna culpa; eran simpáticas, alegres como todas las mujeres de Sinaloa, con menos prejuicios y, si el hombre las dejaba, porque ellas no los abandonaban por otros, eso sí lo recuerdo muy bien, no se les acababa el mundo; se daban nuevas oportunidades sentimentales y como no había anticonceptivos pues tenían más hijos.

Eran muy luchonas y trabajadoras sacaban adelante a su familia. [...] Lo que sí no estaba permitido para ellas era poner los cuernos,¹³ cuando platicaban de algún caso, eran muy señaladas, no estaba en el código femenino (Grijalva y Mancilla, 2008a: 58).

En esa sociedad machista, donde los hombres iban y venían, las mujeres configuraron un espacio vital propio, creando un tejido social que las ubicaba dentro de una comunidad, regida principalmente por la maternidad, recreando una vida familiar tradicional con roles establecidos:

En el mundo familiar y social de mi mamá,¹⁴ que era básicamente el barrio y las mamás de mis amigas, mi papá desempeñaba el lugar del esposo: estaba en las reuniones, invitaba a las familias de mis amigos al rancho [...] Mi mamá era su esposa, una mujer de su casa (Grijalva y Mancilla, 2008a: 58).

En este contexto transcurrió la niñez y adolescencia de Guadalupe, en medio de ciertas contradicciones en las que se conjugaban la irregular situación familiar, una educación católica tradicional y la convivencia en un barrio populoso, en donde la solidaridad vecinal jugaba una pauta importante en la vida cotidiana. En Pueblo Nuevo,¹⁵ la vida transcurría sin problemas:

¹³ Término coloquial del español mexicano que refiere cuando una mujer o un hombre le es infiel a su pareja sentimental o conyugal.

¹⁴ Bibiana Santiago analiza la diferenciación de los roles de género y describe a la madre de la entrevistada como una “mujer de un barrio popular, dedicada al hogar, cuyo mundo familiar y social era la relación con los hijos, el esposo, los familiares y los vecinos del barrio” (Santiago, 2004: 16).

¹⁵ Pueblo Nuevo es uno de las colonias más antiguas de la ciudad de Mexicali, formada originalmente por familias de bajos recursos. Debe su nombre a un ramal del Río Colorado, Río Nuevo, que atravesaba la población, dividiéndola no sólo geográficamente, sino socialmente.

[...] nos juntábamos con nuestros amigos del barrio y quemábamos llantas para sobrellevar el rigor de las noches frías del invierno mexicalense [...] La cena de Nochebuena era increíble, yo con mis amigas de la infancia, *Juaneca*, *Lupita Díaz* y *Amalia*, mi ex vecina que ahora es mi comadre, íbamos a probar los tamales, el pozole, el menudo, los buñuelos y platicar con las señoras vecinas que, afanosas y alegres, nunca daban fin al trabajo de las estufas (Grijalva y Mancilla, 2008a: 20-21).

Esto le permitió a la protagonista una primera visión del mundo, en el que para ella “la vida de la familia era normal, no había ningún asomo de que pudiera haber una ruptura” (Grijalva y Mancilla, 2008a: 59).

La reconstrucción de su propia biografía le permitió a Guadalupe explorar lo suficiente en su historia personal para ubicar de una manera más justa su relación con su madre y su padre. La madre dejó de ser la eterna víctima del padre mujeriego. A su vez, el padre fue recuperado a través de la memoria, como un hombre responsable, protector de todos los hijos y orgulloso de su prole, de su sangre.¹⁶ Por su parte, Guadalupe encontró su lugar en el legado de sus padres.

El relato de Guadalupe nos ayuda a comprender cómo la historia personal está marcada por los conflictos de la historia familiar, la que a su vez está atravesada por las contradicciones de la historia social. Estos relatos son como una *matruska*: la historia individual está insertada en una familiar y ésta en una social (Gaulejac, 2005: 62 y 72) y, conforme vamos insertándolas, encontramos posibilidades interesantes para poder explicarnos los fenómenos sociales.

IV

La respuesta a nuestra pregunta de buscar en la novela familiar las claves para entender la persistencia de nuestra entrevistada en militar políticamente en organizaciones de izquierda, la pudimos vislumbrar en el momento en el que la protagonista de esta historia de vida profundizó en sus mitos de origen.

No tuve la fortuna de conocer a mi abuelo, pero su memoria, su imagen bordada con la magia de la leyenda, tocó mis raíces. Eso engendró un compromiso existencial con las mismas causas que él asumió, en su momento, en su espacio, en su conciencia y que tuvieron en mi vida atisbos desde muy pequeña, arrebatados de la sobremesa familiar (Grijalva y Mancilla, 2008a : 27).

¹⁶ “Un hombre mujeriego, orgulloso de haber regado hijos, pero responsable de su manutención”, coincide Bibiana Santiago (2004:16).

Los años de la adolescencia y juventud de la narradora coincidieron con la década de los años sesenta del siglo pasado, periodo durante el cual se propagaron en los medios universitarios las ideologías de izquierda en sus diferentes modalidades, lo que propició el surgimiento de organizaciones estudiantiles ligadas a estas filosofías.

Fue precisamente a mediados del siglo XX, cuando los jóvenes y los estudiantes mexicanos irrumpieron con fuerza en la escena social, con demandas muy específicas. “El surgimiento de militantes estudiantiles que exigían una renovación a fondo de la sociedad mexicana” es, en palabras de Barry Carr, uno de los acontecimientos más destacados de la década de los años sesenta (Carr, 2000: 232).

Guadalupe relata de qué manera se fue concientizando políticamente. La primera ruptura con su mundo ideal tuvo lugar cuando, a los doce años de edad, dejó la vida de barrio y entró a los estudios secundarios. Ella misma lo relata: “Pero las cosas cambiaron cuando entré a la Secundaria 18 que está en el centro de la ciudad, a donde concurrían alumnos de todas las colonias de Mexicali. Mis amigas me preguntaban por qué ese señor iba por mí a la escuela. Todo mundo lo conocía” (Grijalva y Mancilla, 2008a: 59).

El enfrentamiento de Guadalupe con la realidad, en la que socialmente ella era la hija fuera de matrimonio de su padre, le creó una profunda crisis existencial. En tono de confesión acepta: “A los catorce años no tenía la madurez para entender el contexto de mi mamá o de mi papá; en mi conciencia cargaba la impotencia de no poder hacer nada para resolverlo, [...] En esa época, cuando estaba sola, lloraba y lloraba y lloraba” (Grijalva y Mancilla, 2008a: 58-59).

Esa situación personal fue la coyuntura ideal para que ella, posteriormente, abrazara con fervor religioso la ideología marxista, de la que ella había oído hablar sólo tangencialmente. El ingreso de Guadalupe a los estudios universitarios vendría a ser un parteaguas en su existencia. “En esos años volví a escuchar palabras que no oía desde sexto año de primaria: marxismo, socialismo, comunismo...” recuerda (Grijalva y Mancilla, 2008a: 65).

El descubrimiento de ideologías que propugnan una transformación radical de la sociedad, despertaría en ella inquietudes de activismo estudiantil y, posteriormente, de militancia política. Ella misma lo admite: “Políticamente, yo era subdesarrollada. Nunca leía el periódico” (Grijalva y Mancilla, 2008a: 66).

A partir de ese momento, intentará asumir una posición del lado de las clases oprimidas y explotadas: “El tema me había entusiasmado sobremanera: la desaparición de la explotación del

hombre por el hombre, la abolición de la propiedad privada que marcaba esas diferencias entre las sociedades” comenta (Grijalva y Mancilla, 2008a :67). Nuestra protagonista irá construyendo, poco a poco, una visión personal del devenir histórico mexicano y de su propio compromiso con México:

Muchos jóvenes como yo creíamos en la teoría marxista y que las contradicciones del sistema capitalista se estaban agudizando: las condiciones de marginación, de autoritarismo iban encendiendo la conciencia de los grupos populares hacia un sistema mundial donde se aboliría la explotación del hombre por el hombre.

Creíamos firmemente que eso iba a suceder y me consideraba privilegiada por tener esa conciencia de cambio y participar en la evolución de la humanidad. Eso me hacía sentir importante. Interiormente, me sentía ligada al devenir histórico ya sea con papeles relevantes o sencillos, convencida de que cuando se tenía conciencia de nuestro papel en el cambio de la humanidad, trascendías (Grijalva y Mancilla, 2008a :117).

El estudio del marxismo le permitió a Guadalupe corroborar lo que señala Gaulejac cuando afirma que: “las construcciones teóricas no producen sentido más que en la medida en que permiten dar cuenta, explicar, entender lo vivido” (1995: 108).

Esa toma de conciencia, condujo a Guadalupe a participar en organizaciones estudiantiles. Al principio, nada más como integrante de las mesas directivas de las sociedades de alumnos, y más tarde en movimientos estudiantiles, como el que culminó con la salida del primer rector de la entonces naciente Universidad Autónoma de Baja California (UABC), cuyo decreto de creación data del año de 1957 (Grijalva y Gómez; 2008: 215-216).

En 1965, cuando cursaba segundo año de la Preparatoria, hicimos un movimiento en el que nos involucramos muchos compañeros para tumbar al entonces rector de la Universidad Autónoma de Baja California, el doctor Santos Silva Cota. Yo formaba parte de la mesa directiva, pertenecía a la planilla azul, [...] encabezada por Eduardo Almeida. Nos habían invitado a todos los jefes de grupo para formar esa planilla y participar en las elecciones de la sociedad de alumnos.

La planilla contrincante era la guinda, la de los rojos, los comunistas. Les ganamos por unos pocos votos porque fueron unas elecciones muy competidas, casi mitad y mitad. Pero a la hora de la lucha estudiantil, también los rojillos participaron ... (Grijalva y Mancilla, 2008a:61).

Posteriormente, tuvo un papel activo en la creación de una organización denominada Federación de Estudiantes Universitarios Bajacalifornianos (FEUB) y de ahí, brincó a la militancia en el sector juvenil de un partido político que entonces funcionaba en la clandestinidad, la Juventud Comunista (JC) del Partido Comunista Mexicano (PCM). Guadalupe

confiesa: “Durante mi vida como estudiante universitaria cultivé una actitud crítica del lado de la sociedad y busqué desarrollar una capacidad analítica para percibir los acontecimientos de México y del mundo, al lado de las clases marginadas y de la equidad” (Grijalva y Mancilla, 2008a: 117).

Desde entonces, nuestra narradora ha guiado muchas de sus decisiones y acciones por un vehemente deseo de acabar con la injusticia y desigualdad social. Cuando Guadalupe era una joven militante se consideraba privilegiada pues “Entregar tu vida, tus ansias, tus sueños a esa causa, imaginar que no iba a haber más pobreza, marginación, niños de la calle, autoritarismo, represión, [...] nos ilusionaba” (Grijalva y Mancilla, 2008a:117).

Esta tarea se ha convertido en uno de sus mayores retos existenciales, arriesgando incluso estabilidad laboral y bienestar familiar, en la búsqueda de caminos para lograr estas metas. Es una parte de su vida que ha adquirido forma de leyenda (Enriquez, 2002: 43), y le proporciona a Guadalupe un motor fundamental para seguir adelante, luchando contra molinos de viento reales, que coartan la participación democrática de grandes sectores de la sociedad mexicana.

Esto último le ha dado sentido a su existencia y le aporta un sentimiento de utilidad y de realización. “A veces flaqueo, pero la sucesión constante de abusos y burlas me indignan y resurgen fuerzas, jamás nos daremos por vencidos, no tenemos derecho” (Grijalva y Mancilla, 2008a:276), nos dice en una de las entrevistas, cuando cuenta los problemas a los que se enfrentó para registrar un nuevo partido político de acuerdo a la legislación electoral vigente en el sistema político mexicano.

V

Eugène Enriquez señala acertadamente que en una historia de vida, hay tres elementos estructurantes de todo relato: la crónica, la epopeya y el mito (Enriquez, 2002: 39). En el caso aquí analizado es posible distinguirlos con claridad, pues la crónica biográfica también se presenta aquí como una epopeya, en donde la protagonista supera los obstáculos de la vida, al igual que los poemas antiguos. Uno de ellos es el amor. Y se pregunta: “¿Por qué la educación que recibimos no incluye también la enseñanza para saber vivir y construir una vida en pareja?” (Grijalva y Mancilla, 2008a : 162).

La ruptura de su primer matrimonio es contada por Guadalupe como un gran duelo, donde se reviven los sufrimientos, el engaño, la decepción, el desmoronamiento de un proyecto de vida largamente anhelado.

Emocionalmente me puse muy mal, porque amaba a Jorge, estuve yendo al psicoanalista, me sentía abandonada, sola, pensando que Jorge estaba en brazos de otra, lo que hacía que mis entrañas se retorceran y se me hicieran nudo. Me acuerdo que en las sesiones con el doctor, me tiraba en el piso pataleando como una niña para aligerar con esos movimientos externos, mi indignación y el dolor tan intenso que sentía en mis intestinos y en todo mi interior (Grijalva y Mancilla, 2008a: 148).

La recuperación de ese fracaso amoroso es un evento épico, en donde la valentía, el deseo de vivir, de vencer la pulsión de muerte triunfan sobre la depresión. Ella misma reconoce que “en todo ese tiempo sentía que veía la realidad con fantasmitas, como en la tele. No me sentía bien adentro de mi cuerpo” (Grijalva y Mancilla, 2008a :154) y añade:

Una vez, frente al espejo me di cuenta que tenía la cabeza llena de canas, y me acordé de la historia de la reina María Antonieta que encaneció la noche anterior a su ejecución y constaté que no era una historia falsa, que podía ser real porque ese encanecimiento mío se desarrolló en tres o cuatro meses y pensé ¿qué tanto tuvo que haber sufrido esa mujer para que en una noche se le llenara el cabello de canas? (Grijalva y Mancilla, 2008a:153).

El drama personal se convierte en una epopeya colectiva en donde el grupo familiar y de los amigos acuden al rescate de la protagonista, quien está ante una dura prueba que roza la muerte o la locura (Enriquez, 2002:43). La separación del primer marido acontece cuando ella está embarazada de su tercer hijo, por lo que éste no asiste al parto del que sería su primer hijo varón. Sin embargo, Guadalupe no está sola:

En la sala de espera del sanatorio, –recuerda– había como 40 amigos, cosa que no había sucedido antes. Estaban mis hermanos, mis amigos, mis amigas y cuando se prendió la luz azul, los doctores y las enfermeras me platicaron que parecía partido de futbol. Todo mundo comenzó a gritar y celebrar que había tenido un varón (Grijalva y Mancilla, 2008a : 154).

Pero, al igual que las mujeres luchonas de su infancia y de su linaje, ella sigue adelante. Los hijos se convirtieron en el motor que le da la fuerza para seguir viviendo en los momentos más difíciles:

Abandonada, con una autoestima por los suelos, como una mujer que no valía nada, que no tenía atractivo, totalmente devaluada. Estaba en ese agobio doloroso físico y, de repente, escuché un pujidito y volteó y veo a Damián ahogándose con la leche, corrí, lo volteé, le pegué en la espalda, respiró y lo abracé y me dije: “Dios mío, qué grande eres, en este momento tan terrible para mí, me estás diciendo lo que verdaderamente vale” (Grijalva y Mancilla, 2008a: 156).

Al optar por la vida, ella continúa luchando, aunque el proceso no fue sencillo. Una nueva identidad más compleja, más autosuficiente surgió de este proceso, reconstruyéndose y superando la depresión y soledad (Rebolledo, 2006:131).

Es entonces cuando la protagonista decide regresar a Mexicali, su lugar de origen, donde encuentra un refugio para su dolor:

Cuando terminó mi matrimonio con Jorge, decidí jamás volver a amar a nadie y dedicar mi vida a mis hijos y a mi trabajo. Cerré mi espacio, puse una barrera proyectada desde mi inconsciente a cualquier inquietud, por decepción, por convicción, por miedo, que sé yo, lo cierto es que seguramente eso se transmite involuntariamente, se encierra uno y se ha de levantar una fortaleza transparente, los hombres pasan sin verte ... (Grijalva y Mancilla, 2008a:161).

Durante este periodo, los amigos y la familia siguieron sosteniéndola y ayudándola en su crisis. Al cabo del tiempo, Guadalupe relata como un momento mágico, cuando ella se percató de la recuperación de sí misma:

Habían pasado ya dos años y trabajaba en una fábrica en las afueras de Mexicali; me acuerdo de una vez que como a las seis de la mañana iba [...] en un pick up; de repente sentí que caía sobre el volante. Fue una sensación material, hasta oí cómo tronó cuando cayeron mis manos en el volante y mi cuerpo en el asiento. Era un amanecer precioso [...] Sentí tanta alegría que comencé a gritar: “¡Ya estoy aquí otra vez!”

Volví a sentir que yo me metía en mi piel, que el límite de mi cuerpo o de mí era mi vestido, mis manos. Me di cuenta que había regresado a mis zapatos y me sentí inmensamente feliz (Grijalva y Mancilla, 2008a:159).

Esa vivencia le abre el camino hacia la búsqueda de un nuevo amor de pareja, pues ella, como heroína de una epopeya moderna, no se sacrifica como lo hizo su madre. Al enterarse de la infidelidad de su primer marido opta por divorciarse rompiendo así la tradición materna, pues la costumbre era otra, como ella misma lo reconoce: “A pesar de que las mujeres de mi papá sabían de la existencia de las demás, ninguna lo dejó” (Grijalva y Mancilla, 2008a:42).

Como ella percibió un sufrimiento de su madre por esa situación, a la que “poco a poco se le amargó el carácter” se hizo la firme convicción de que nunca iba a permitir que su marido le hiciera lo mismo (Grijalva y Mancilla, 2008a:42). Y aunque con el tiempo lo cumplió, no es algo de lo que se enorgullezca: “No se separa uno por gusto, no se cambia un proyecto de vida lleno de esperanzas, salvo a cambio de la paz interior que es lo más importante para poder vivir, aunque cueste tanto mantenerla” (Grijalva y Mancilla, 2008a:42).

Como dice Italo Svevo: “La vida no es ni bella ni mala, es original” (citado por Enriquez, 2002:36). La de Guadalupe Sánchez León es una vida de lucha y de confrontación, de rupturas y de recomposiciones. A los ojos de muchos no es la vida de alguien extraordinario, ni de alguien que provoque veneración. Sin embargo, no pasa inadvertida¹⁷ ni es indiferente para sus conocidos.

VI

El rescate de esta historia de vida fue posible gracias al trabajo conjunto entre la protagonista de la misma y las investigadoras. El enorme deseo de Guadalupe de contar su vida fue paralelo a nuestra disposición de escucharla y de interrogarla. Nuestra presencia fue la que generó dicha posibilidad (Carreteiro, 2002:25).

Al referirla frente a nosotras, Guadalupe se convirtió en una artesana de su vida (Carreteiro, 2002:25), evocando con humor ciertos anales de la misma, despojándose con frecuencia de la melancolía. Algunos pasajes contados por ella fueron francamente hilarantes aunque otros fueron desoladores. La entrevistada mostró una actitud tan abierta, sincera y hasta desinhibida de su biografía que remite a lo planteado por René Kaës sobre el placer de pensar en grupo, cuando señala: “El placer de pensar juntos liga la experiencia de la ilusión y la prueba de la realidad y supone establecida la confianza, la identificación con el pensamiento del otro [...] el placer de resolver con el otro los enigmas cruciales que me hacen semejante a él” (Kaës, 2005: 340).

Mijolla en su famoso libro *El placer de pensar*¹⁸ coincide en esto: “La experiencia del encuentro con el pensamiento de otro, [...] puede ofrecer un placer intenso, donde se recrea la certeza de poder existir en un momento compartido. Esos instantes de encuentro ofrecen a los protagonistas una imagen identificatoria” (citado por Kaës, 2005: 340).

Este trabajo sobre sí misma le representó a Guadalupe otra vuelta de tuerca en la manera en que ella entendía su historia familiar y la comunicada por su grupo de pertenencia. Guadalupe además, afirmó su capacidad para elaborar su propia versión, entre la historia transmitida y la vivida, pues cualquier ejercicio de trabajo de la memoria, está inscrito entre la historia verdadera y la que se cuenta (Gaulejac, 2002: 38-39).

¹⁷ Así lo comenta Bibiana Santiago: “a través de la lectura nos vamos encariñando con la protagonista, al seguir la narración por una trayectoria de sucesos ...” (Santiago, 2004:18).

¹⁸ Para los interesados en este tema se recomienda ver Mijolla-Mellor (1992).

Como ya lo señalamos anteriormente, resultado de esta investigación ha sido una serie de publicaciones, que fueron la principal fuente de este trabajo para reflexionar sobre la importancia de las historias de vida y establecer una relación entre lo individual y lo colectivo.

Así fue que encontramos algunas de las claves que permiten entender las razones de la militancia política de Guadalupe vinculada a las organizaciones de izquierda. La injusticia que ella percibe en su situación familiar particular hace que se rebele ante esas condiciones de vida, que ella busca explicar en las características de una sociedad capitalista.

En lugar de enfrentarse a sus padres y reclamarles, su rebeldía la transfiere a un problema social vinculado a la explotación del hombre por el hombre, y a una lucha de clases que propicia la desigualdad social y económica. Con esto, Guadalupe se ubica simbólicamente de una manera nueva en su relación de parentesco, con sus padres, abuelos y ancestros (Baranes, 1996:207), pues en un momento de introspección reconoce: “Me cambió la vida. Entendí lo que era el desarrollo de la sociedad y ubiqué mi problema familiar como una manifestación de un sistema discriminatorio, subdesarrollado; me salí de mi esfera y me hice una habitante del mundo” (Grijalva y Mancilla, 2008a: 67).

Otra de las claves es la de su ruptura con los modelos tradicionales en su entorno social sobre el comportamiento femenino. Su militancia estudiantil, su determinación de realizar estudios universitarios, su visión crítica de los problemas sociales le permiten darle sentido a su existencia de una manera diferente a lo esperado de una hija de una familia de clase media baja de una ciudad de provincia, cuyo destino cifrado era el de ser madre de familia y esposa dentro de un matrimonio tradicional.¹⁹

A pesar de esa ruptura hay elementos de continuidad, especialmente el de la maternidad, pues procrea cinco hijos, tres del primer matrimonio y dos del segundo. Una maternidad “revolucionaria”, pues su propósito ha sido que sus hijos compartan sus vicisitudes y andanzas políticas así como su devoción religiosa por el catolicismo y la virgen de Guadalupe.

Tal como lo señala Carreteiro, (2002:28), los relatos de vida se pueden considerar también recuentos de prácticas sociales, pues permiten reelaborar la lógica de producción de las mismas y el análisis de los vínculos forjados en las relaciones sociales. Guadalupe es un ejemplo

¹⁹ El papel de la familia como punto de unión entre los factores psíquicos, culturales y sociales ha sido claramente subrayado por varios autores cuando explican que el grupo familiar es preponderante en lo que respecta a la herencia psicológica (Lacan, 1971: 48-50).

de una práctica social que se ha vuelto común en la sociedad mexicana de principios del siglo XXI: cabeza de una familia monoparental,²⁰ divorciada, teniendo únicamente su limitado salario como profesora de enseñanza media superior como ingreso para mantener a una familia numerosa.

Como muchas mujeres que se quedan solas a cargo de los hijos, Guadalupe tuvo que reinventarse como mujer y, una vez superada la crisis provocada por la ruptura matrimonial, al igual que muchas otras, comenzó a rearmar su vida con sus hijos²¹ (Rebolledo, 2006:129 y 131).

Similar a las figuras femeninas de su infancia, la protagonista de esta historia procreó hijos de diferentes padres y los ha sacado adelante, haciendo un esfuerzo por demostrarse a sí misma y a los demás que ha sido capaz de ser autónoma y autosuficiente en todos los planos, de criar sola a sus hijos, e incluso mantenerlos sin ayuda del padre o de otros familiares y, lo más importante, que puede seguirse dedicando a la militancia política (Rebolledo, 2006:131). Esto último es uno de sus más caros anhelos, pues como ella misma lo confiesa:

Veo mi vejez llena de energía y entusiasmo como la de don Mario Contreras quien a sus 80 años de edad, sus ideales lo mantienen activo, con más ánimo y energía que muchos jóvenes. Recuerdo al profesor Bruno Mézquita con más de 80 años también, cuando recorríamos juntos el oriente de Yucatán y en cada pueblo que pasábamos me enseñaba una escuela, una biblioteca, una cancha que él había fundado, con ese entusiasmo por seguir vivo en la lucha; a don Raúl Stanford, que me decía “somos tan viejos como nuestros temores y tan jóvenes como nuestros proyectos”; a mis tías *Cuca Sánchez* y *Cuca Moya* con esa energía y entusiasmo ante la vida a los ochenta y tantos años. ¡Así me quiero ver si Dios me permite llegar! (Grijalva y Mancilla, 2008a :276).

En las historias de vida permanece una que es singular, de un destino único, sin olvidar que ésta individualiza la historia social colectiva y es, a la vez, el producto y la expresión (Carreteiro, 2002: 28).

El caso aquí presentado nos permite un acercamiento al conocimiento de las relaciones sociales, usos, costumbres, formas y estilos de vida de una comunidad agrícola fronteriza, nortea y mexicana, de mediados del siglo pasado, pues tal como lo señalamos al principio de este trabajo, nuestro propósito ha sido demostrar la posibilidad de utilizar los métodos de la

²⁰ Esta prevalencia de hogares monoparentales fundamentalmente jefaturados por mujeres no es casual pues, como lo señala Lacan, es el fenómeno de la crisis de la figura patriarcal en el marco de la sociedad contemporánea, del padre carente, ausente, dividido o postizo (Lacan, 1971: 113-114).

²¹ Es lo que Loreto Rebolledo denomina un principio matricéntrico (2005:129).

historia, el psicoanálisis y la sociología clínica como una manera de entender “la construcción” del sujeto, a partir de los entrecruzamientos de lo psíquico y lo social (Rodríguez, 2005:167), pues la interacción entre la psicología y las ciencias sociales ha permitido entender cómo procesos individuales se encuadran en procesos sociales, no sólo de micro (la familia) sino de macroestructura: ideología y valores (Raguz, 1996: 66).

También nuestro objetivo es aclarar cómo un estudio de caso posibilita el análisis de las relaciones entre lo psíquico y lo socio-histórico a través de la aproximación “novela familiar y trayectoria social” (Gaulejac, 2005:44-46).

La sociología clínica es una disciplina con un enfoque cualitativo que reconoce la necesidad de recurrir a diversas teorías afines que se adapten a las condiciones del objeto de estudio. Además, para esta disciplina, conceptos como historia e historicidad son ejes centrales en el trabajo de la subjetividad (Taracena, 2005:245).

Por tal motivo, las investigaciones que se llevan a cabo dentro de este campo se dirigen a que el sujeto que participa en ellas tome conciencia de su lugar en la historia (Taracena, 2005:245). Vicent de Gaulejac, uno de los principales representantes actuales de esta corriente,²² subraya la importancia de producir métodos que permitan además de aprehender el peso de los determinismos sociales en las conductas humanas tomar en cuenta “la singularidad del trabajo psíquico que explica porqué estas determinaciones actúan de manera diferente según los individuos” (Taracena, 2005:242).

Gaulejac plantea la necesidad de recurrir a una disciplina a la que se le ha denominado sociología clínica, para tratar de comprender cómo la dinámica de las contradicciones sociales y la gravedad de las realidades objetivas intervienen sobre los destinos individuales (Gaulejac, 2005:46). El aspecto más original de los planteamientos de Gaulejac, y al mismo tiempo el más complejo, se refiere a cómo ciertos procesos en la historia de la psiquis se entrecruzan con los “dramas” de la historia social del individuo, que es la base de lo que Gaulejac desarrolla como sociología clínica (Sharim y Cornejo, 2000: 107).

La crisis actual de la sociología invita a que nos interroguemos las formas de aproximarse a los fenómenos y problemas sociales por parte de las ciencias sociales. La sociología clínica

²² Vicent de Gaulejac es profesor de sociología y director del Laboratorio de Cambio Social en la Universidad de París VII. Su trabajo académico ha apuntalado la construcción de la sociología clínica, proponiendo una serie de herramientas como el análisis de las historias de vida.

tiene una dimensión interdisciplinaria pues retoma conceptos y métodos de disciplinas como la historia, el psicoanálisis y la psicología social, la filosofía, el marxismo, la antropología, la sociología, las ciencias del lenguaje y la etnografía. No es una propuesta que haya surgido en los últimos años y aunque su presencia en el campo intelectual francés data de finales de la década de los años setenta del siglo pasado, aún no es muy conocida en México (Rodríguez, 2005:168).

En este momento en el que los estudios cualitativos en las ciencias sociales se están fortaleciendo y la historia oral está revitalizando algunos de los métodos de la investigación histórica, la sociología clínica puede contribuir a enriquecer la investigación cualitativa y con ello tener una mejor comprensión de los fenómenos sociales, en este caso, de los estudios de género.

Bibliografía

Aceves Lozano, Jorge Eduardo, 1994, “Prácticas y estilos de investigación en la historia oral contemporánea” en *Historia y Fuente Oral*, núm. 12, pp. 143-150.

Arjona Garrido, Ángeles y Juan Carlos Checa Olmos, 1998, “Las historias de vida como método de acercamiento a la realidad social,” en *Gazeta de Antropología*, núm. 14, en núcleo.etnografias.nireblog.com/ consultado el 25 de junio 2009.

Baranes, Jean-José, 1996, “Devenir sí-mismo: avatares y estatuto de lo transgeneracional”, en R. Kaës, H. Faimberg, M. Enriquez y J. J. Baranes, *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones*, Buenos Aires, Amorrortu editores, pp. 187-222.

~~Barrón, Luis, 2008, “Los relámpagos críticos. La revolución de Jorge Ibarguengoitia” en *Istor*, año IX, núm. 35, Invierno, pp. 3-12.~~

Bertaux, Daniel, 2005, *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona, EdicionsBellaterra.

_____, 1993, “Los relatos de vida en el análisis social”, en Jorge Aceves, (comp.), *Historia Oral, parte II, Los conceptos, los métodos*. México, Instituto Mora-UAM, pp. 136-148.

Carr, Barry, 2000, *La izquierda mexicana en el siglo XX*, México, Era.

Carretero, Teresa Cristina, 2002, “Historia de una vida, historia de una sociedad de exclusión” en *Perfiles Latinoamericanos*, año 10, núm. 21, diciembre, pp. 11-33.

~~Díaz Arciniega, Víctor, 1999, “La construcción de un nicho histórico. Memorias y autobiografías, *Signos históricos*, vol. 1, núm. 1, pp. 193-202.~~

Enriquez, Eugène, 2002, “El relato de vida: interfaz entre intimidad y vida colectiva”, en *Perfiles Latinoamericanos*, año 10, núm. 21, diciembre del 2002, pp. 35-47.

Freud, Sigmund, 1986, “Psicología de las masas y análisis del yo”. *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu editores, vol. XVIII, pp. 63-136.

Gaulejac, Vicent de, 2005, “Historia de vida: entre sociología clínica y psicoanálisis”, en Vicent de Gaulejac, Susana Rodríguez Márquez y Elvia Taracena Ruiz, *Historia de vida. Psicoanálisis y sociología clínica*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, Metáfora A.C., pp. 19-47.

_____, 2002, “Memoria e historicidad”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 64, núm. 2, abril-junio, pp. 31-46.

_____, 1995, “Historias de vida y sociología clínica”, en Isabel Martínez y Ana Vázquez, *La socialización en la escuela y la integración de las minorías*, Madrid, Fundación de la Caixa, pp. 97-110.

Grijalva, Aidé, coord., 2008, *Aquellos años del algodón. La Jabonera y el valle de Mexicali*, Mexicali, Instituto de Investigaciones Sociales, UABC.

_____ y Martha Lilia Mancilla, 2009, “Orígenes fronterizos: los relatos de vida y la historia de nuestros pueblos”, Aidé Grijalva *et al.*, (coord.), *Estudios fronterizos: migración, sociedad y género*, Mexicali, Instituto de Investigaciones Sociales, UABC, pp. 209-238.

_____ y José Alfredo Gómez Estrada, 2008, “Estudiantes y compromiso social: la Federación de Estudiantes de Baja California”, José Ascensión Moreno Mena *et al.*, *Miradas desde la frontera: Estudios sociales sobre Baja California*, Mexicali, Instituto de Investigaciones Sociales, UABC, pp. 195-221.

_____ y Martha Lilia Mancilla, 2008a, *Palabras de mujer: una vida que se vuelve historia*, Mexicali, UABC, (Selección del Libro Universitario 2005-2006 y 2007-2008), 1ª. reimp.

_____ y Martha Lilia Mancilla, 2008b, “Historia y psicoanálisis en los estudios de género en México. Un estudio de caso”, en *Diálogos, Revista Electrónica de Historia*, núm. especial, pp. 4321-4345.

_____ y Martha Lilia Mancilla, 2004, “Miriadas mexicalenses en la voz de María Guadalupe Sánchez León” en Aidé Grijalva *et al.*, *Mexicali en tu voz*, Mexicali, Centro de Estudios Culturales-Museo, UABC, Instituto de Cultura de Baja California, pp. 29-120.

- Kaës, René (2005), *La palabra y el vínculo. Procesos asociativos en los grupos*, Buenos Aires, Amorrortu editores.
- Kerig, Dorothy P., 2001, *El valle de Mexicali y la Colorado River Land Company, 1902-1946*, Mexicali, UABC, XVI Ayuntamiento de Mexicali (Colección Baja California: Nuestra Historia, vol. 19).
- Lacan, Jacques, 1971, *Lectura estructuralista de Freud*, México, Siglo XXI editores.
- Makowski, Sara, 2002, “Entre la bruma de la memoria. Trauma, sujeto y narración”, en *Perfiles Latinoamericanos*, año 10, núm. 21, diciembre del 2002, pp. 143-158.
- Mallimaci Fortunato y Verónica Giménez Béliveau, 2006, “Historias de vida y método biográfico” en *Estrategias de investigación cualitativa*, Barcelona, Gedisa, en www.ceil-piette.gov.ar/investigadores/mallimacipub/2006chist.pdf consultado 23 de julio 2009.
- Márquez B., Francisca, 1999, “Relatos de vida entrecruzados: trayectorias sociales de familia” en *Proposiciones* 29, marzo, pp. 1-11.
- Mijolla-Mellor, Sophie de, 1992, *Le Plaisir de Pensee*, París, PUF (Bibliothèque de la Psychanalyse).
- Ochoa Ángel, Jaime, 1996-97, “Las historias de vida: un balcón para leer lo social”, *Razón y palabra*, núm. 5, año 1, dic-enero, en <http://razonypalabra.org.mx/anteriores/n5/hist.htm> consultado 15 de junio 2009.
- Petrlík Avia, Ana Dorothy [tesis de maestría], 2008, “Masculinidades en la tercera edad. Relatos de vida de varones adultos mayores que residen en un albergue de Lima”, Grado de Magíster en Género con mención en Políticas Sociales, Población y Desarrollo, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Ciencias Sociales, Escuela de Postgrado, sin pie de imprenta, en <http://www.ts.ucr.ac.cr/binarios/pela/pl-000321.pdf> consultado el 16 de junio 2009.
- Pujadas Muñoz, Juan José, 1992, *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Raguz, María, 1996, “Masculinidad, feminidad y género. Un enfoque psicológico diferente”, en Narda Hernández (edit.), *Encrucijadas del saber. Los estudios de género en las ciencias sociales*, Perú, Pontificia Universidad Católica de Perú, pp. 31-73.
- Rebolledo, Loreto, 2006, “Identidades en tránsito. Memorias de la diáspora chilena”, en Loreto Rebolledo y Patricia Tomic (coord.), *Espacios de género. Imaginarios, identidades e historias*, Mexicali, UABC, Instituto de la Mujer para el Estado de Baja California, pp. 117-138.

Rodríguez, Susana, 2005, en “Notas sobre la historia de la sociología clínica francesa. Avatares de una relación: entre lo psíquico y lo social” en Vicent de Gaulejac, Susana Rodríguez Márquez y Elvia Taracena Ruiz, *Historia de Vida. Psiconálisis y sociología clínica*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, Metáfora A.C., pp. 167-219.

Santiago Guerrero, Bibiana, 2004, “Presentación”, Aidé Grijalva, Martha Lilia Mancilla *et al.*, *Mexicali en tu voz*, Mexicali, Centro de Estudios Culturales, UABC, Instituto de Cultura de Baja California, pp. 5-27.

Sharim, Daniela y Marcela Cornejo, 2000, ‘Presentación’, en “Articulaciones entre lo social y lo psicológico”, *Psykhe*, vol. 9, núm. 1, pp. 107-112.

Taracena, Elvia, 2005, “Impacto epistemológico y social de la sociología clínica”, en Vicent de Gaulejac, Susana Rodríguez Márquez y Elvia Taracena Ruiz, *Historia de Vida. Psiconálisis y sociología clínica*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, Metáfora A.C., pp. 221-246.

_____, 2002, “La construcción del relato de implicación en las trayectorias profesionales” en *Perfiles Latinoamericanos*, año 10, núm. 21, diciembre del 2002, pp.117-142.

Wirth, Louis, 1931, “Clinical Sociology”, en *American Journal of Sociology*, vol. 37, núm. 1, pp. 49-66.